

EMMA, *sin gran vigor*.—Sin duda.

FINILLA.—¿Parece que no estés convencida de eso? Pasear por los barrios desiertos á pie...

EMMA.—Ó en coche.

FINILLA.—¡Caramba, eso cuando deban ir muy lejos! Charlarán, se contarán sus cosillas, se darán estampas ó cambiarán sellos, se dirán que se quieren... Y luego, comprarán pasteles en la pastelería ó un vaso de aloja á una buena anciana... Tomarán simones de á peseta... Entrarán en los *squares*, y se sentarán en un banco, á la sombra... ¿Te parece eso muy terrible?

EMMA.—No. Pero... hay algo más.

FINILLA, *ruborizándose*.—¡Oh, comprendo lo que quieres decir! ¿Quieres decir... (*vacila*) que se besan?

EMMA, *no se atreve á decir que sí, y se limita á inclinar afirmativamente la cabeza*.

FINILLA.—En primer lugar, no nos consta... no es seguro... ¿Tal vez les acusamos injustamente?

EMMA.—No. Estoy segura... el corazón... todo, me dice que en estos casos habrá besos.

FINILLA *resueltamente*.—También yo lo creo, ¡jea!

EMMA.—Y aun besos muy apretados.

FINILLA.—Te lo concedo. ¿Y qué?

EMMA.—Está mal hecho.

FINILA.—Evidentemente. Pero, con todo... dime... ¿Por qué está mal hecho!

EMMA.—Porque... no lo sé. Es pecado.

FINILA.—No debe de ser desagradable.

EMMO.—Este es otro asunto. Pero es pecado. Y la prueba, en el mismo orden de ideas, está en que hay noches de verano, noches en que caen estrellitas... Pero no te burlarías de mí.

FINILA.—¡Amor mío! ¡Sé buena!

EMMA.—...Hay noches en que recostada, con la cabeza apoyada en el brazo desnudo, muy arriba, con la mejilla á la altura del macizo, entonces... (no sabré decírtelo, porque...) pero lo cierto es que me beso á mí misma, dulcemente, como si fuera algún otro... Y eso me deleita, á mí en primer lugar... y luego al otro.

FINILA.—¿Á quién? ¿Quién es el otro?

EMMA.—¿Lo sé yo? ¡Donosa estás! Son ideas... que le vienen á una cuando no puede entornar los ojos... (*De pronto, muy solemne*): Pero hartó comprendo, ¿oyes, Finilla? hartó comprendo que eso es horrible y abominable. Mi conciencia no me engaña ¿sabes? También ella es lógica.

FINILLA.—¡Desvarías!

EMMA.—No. Y es tan positiva la maldad de estas cosas que para cerciorarnos de que acierto, bastará interrogar á cualquier cura, al cura de aquí, ó me-

jor, toma, á Su Ilustrísima, que come mañana en el castillo, pues hace la visita pastoral. Nos dirá—segura estoy de ello, como de que te veo en la hierba—que es lo más mortal que darse puede lo de besarse á sí misma en esas condiciones. Conque ya ves lo que debe de ser besar á los demás.

FINILLA.—Sin duda el buen obispo pondría la cara fosca si se le hablaba de eso en la mesa familiar en el instante del queso. Pero en el fondo, no nos condenaría.

EMMA.—¡Pues entonces será un mal obispo!

FINILLA.—No. Sencillamente: habrá visto mil y un trapicheos. Puedes estar segura, Emma, de que no conquistó su entorchado de obispo sin que le aburrieran á pura relación de pecados. Y además todo eso no es de su dominio, sino del nuestro, el de las chiquillas que se quieren. ¿Verdad que me quieres, gloria?

EMMA.—¡Oh, encanto mío!

FINILLA.—¿Y nos diremos siempre, como ahora, cuanto pensemos?

EMMA.—Todo, todo, todo.

FINILLA.—¿Aún después de casadas?

EMMA.—Claro.

FINILLA.—¡Pardiez, vaya si habrá tela entonces!

EMMA.—¡Cuántísima tela!



Á PROPÓSITO DE MUÑECAS

LUISA, 12 años

JULIA, 11 años

I

Están sentadas en el suelo, sobre la alfombra, ante un gran fuego, en invierno. Julia ha acostado á una muñeca en una camita que tiene al lado.

JULIA.—¿Con que ya no te divierten las muñecas? Lo digo porque antes tenías el doble de las mías, y ahora yo juego sola con mis chiquillas.

LUISA.—Sí me divierten las muñecas... pero no esas.

JULIA.—¿Pues cuáles?

LUISA.—Otras. Quisiera tener otras. Y como no veo medio de alcanzarlas, me hago el sueco.

7 - NUESTRAS HERMANAS

JULIA.—¿Pues qué muñecas querrias?

LUISA.—Muñecas-hombres. Muñecas que representen hombres chiquitines, ¿comprendes?

JULIA.—¡Ah, ya! Bebés-Niño-Jesús....

LUISA.—No. No se trata de Niño-Jesús, sino de niños como todos los demás. Muñecos como los hombres, cuando llevan pantaloncito.

JULIA.—¡Ay qué gracia! A mí no me gustaría eso. No serían muñecas de veras.

LUISA.—¿Por qué?

JULIA.—Porque no. No podría uno des-
nudarles, hacerles camisitas...

LUISA.—Sí, mujer. Lo mismo que
ahora.

JULIA.—¡A unos señores! ¡Qué incon-
veniencia!

LUISA.—¡Tonta! Cuando seamos seño-
ras y tengamos chiquillos todos los me-
ses ¿crees que no van á caernos más
que niñas?

JULIA.—Tienes razón. Mamá me ha
dicho que no se escoge.

LUISA.—¡Vaya si nos caerán también
algunos chicos! Y no sabremos educar-
los. Hasta entonces solo habremos teni-
do niñas. Seremos pésimas madres de
niños.

JULIA.—Es muy posible. Y en pago de
nuestras desazones, nos harán víctimas
de mil tropelías... irán al café...

LUISA.—Seremos muy desgraciadas.

JULIA.—Pero estás segura de que no
hay muñecas-niños? Me parece que yo
las he visto muchas veces en los almace-
nes de los pasajes.

LUISA.—Sí, pero son parodias; no ha-
blo yo de eso. Venden por ahí oficialitos
de marina y cocheritos... pero no son
niños de veras... Vaya ¿te lo digo? Pues
entérate: no son más, señora mía, que
muñecas ordinarias, como las tuyas,
á las cuales el tendero ha pegado unos
bigotes. Son muchachos postizos.

JULIA.—¡Oh!

LUISA.—Sí, señora mía. Y nos quieren
colocar eso como hijos. Ya comprende-
rás que no los quiero. Allá se las hayan
con ellos.

JULIA.—Además, eres una persona
mayor; bien puedes pasarte de muñe-
cas. Acabas de hacer la primera co-
muni6n...

LUISA.—Eso no importa. Al contrario,
jamás deseé tanto como ahora tener mu-
ñecas. Pero te lo repito, muñecas-niños.
¿Qué quieres? A mí me cargan las
niñas. Espero que más tarde el cielo,
solo me concederá hijos, y que luego
entrarán todos en la Polit6cnica... ó se-
rán armadores... Eso es.

JULIA.—Naciste mujer por engaño.

LUISA.—Solo me he deleitado con los
juguetes de mi hermano.

JULIA.—Y él con los tuyos.

LUISA.—Sí. Nos hemos pasado la vida cambiando nuestros aguinaldos. A mí me divertían sus látigos y sus soldados de plomo.

JULIA.—Y él se pirraba por el cañamazo y las flores artificiales.

LUISA.—¡Ya lo creo! En el fondo mi hermano es una hermana para mí; y yo, su hermana, soy su verdadero hermano. Están trocados los papeles.

JULIA.—¡Jesús! Te pasa como á tu mamá, de quien todo el mundo dice que lleva los pantalones.

LUISA.—Sí; papá es un mandria.

JULIA.—Yo no me parezco á tí. Soy chiquilla hasta los tuétanos. Quiero á mis muñecas con alma y vida.

LUISA, señalando á la muñeca confinada en su camita.—¿Quien es la acostada?...

JULIA.—Es *Pochette*.

LUISA.—¿Por qué está acostada á estas horas?

JULIA.—Porque la rinde grave pesadumbre.

LUISA.—¿Cuál?

JULIA.—Acaban de divorciarla.

JULIA. ¿Qué oigo?

JULIA.—Ciertos son los toros.

LUISA.—¿Y quién ha tenido la culpa?

JULIA.—Ella.

LUISA.—¡Ufl ¡Qué mala! Nunca hu-

biese creído cosa parecida de *Pochette*.

JULIA.—Ni yo. Era lo más quietecita, lo más melosa. ¡Y ya ves! Desde el mes de abril en que le cambiaron la cabeza, esta niña no es la misma.

LUISA.—También son responsables de eso los tiempos que atravesamos, querida señora.

JULIA.—¡Ah, señora, quién lo duda! ¡Esta decadencia de fin de siglo!

LUISA.—Si yo me hallare con una cabezuela de chorlito que me afrentase de este modo, no la conservaba á mi lado. ¡Me asombra tu debilidad con *Pochette*!

JULIA.—Al fin y al cabo es mi hija, aunque se haya portado mal.

LUISA.—¿Con quién ha olvidado sus deberes?

JULIA.—Con un republicano.

LUISA.—¡Qué asco! ¡Le espera el infierno!

JULIA.—Nada de eso. Antes se arrepentirá. ¿Verdad, *Pochette*? Hasta ha prometido que iría á Lourdes.

LUISA.—Se ha escrito un libro que trata de eso.

JULIA.—¿De Lourdes?

LUISA.—Sí; un libro amarillo que á mamá le parece enorme y á papá repugnante.

JULIA.—En casa ocurre lo contrario.

Lo recuerdo muy bien: lleva una cifra: noventa y dos mil.

LUISA.—La cifra de los milagros.

JULIA.—¡Ah, ya entiendo! (*Pausa*).

LUISA.—¡Lili!

JULIA.—¡Qué quieres?

LUISA.—Quisiera tener chiquillos.

JULIA.—Es preciso que te cases, Lolota. Antes no vienen.

LUISA.—Alguna vez, sí vienen.

JULIA.—¡Quiá!

LUISA.—Lo he oído. Solo que una, para granjearse los... Es muy aburrido... necesita... ¡ah, no; no podré resolverme á ello!

JULIA.—Expícate.

LUISA.—Es necesario ser criada. Sin eso, ¡buenas noches!

JULIA.—Pero oye ¿cómo sabes?...

LUISA.—Hace poco le ocurrió eso á Rosita, la camarera... Tuvo un hijo, y no estaba casada; y he oído á mamá diciendo en una visita:—Es sabido; esas gentes tienen siempre sus hijos antes del matrimonio.—Con que ya ves.

JULIA.—No lo sabía. ¡Qué rareza! ¿Por qué será?

LUISA.—He cavilado muchísimo.

JULIA.—¿Y no has dado con la razón?

LUISA.—No, todavía no.

JULIA.—¿Me la dirás, si dás con ella?

LUISA.—Te lo prometo. De todos modos me gustaría tanto tener un chi-

quillo vivo y mío, que llego á creer que para eso aceptaría ser camarera; pero aquí, con mamá, no en otra casa. ¿Si tuvieses un niño, qué nombre le pondrías?

JULIA.—No sé. No he pensado más que en niñas.

LUISA.—¡Yo le llamaría Raul!

JULIA.—¿Te gusta este nombre?

LUISA.—Mucho. A mi próximo niño, le voy á llamar así. Figúrate que cuando estoy sola, escribo frases en pedazos de papel... y le digo cuanto me pasa por la mollera.

JULIA.—¿A quién?

LUISA.—A Raul. «¡Querido Raulillo, te quiero! .. ¡Querido Raulillo, te aguardo!... ¡Ven pronto!...»

JULIA.—Estás loca, Mimí. No tienes la cabeza como todo el mundo. Légate al comedor; pronto será la hora de nuestra merienda.

LUISA.—Merienda sin mí; no tengo apetito.

II

El mismo día por la noche, el padre y la madre de Luisa están en su cuarto, con rostros inmutados.

Dice el padre:

—¡Es imposible, querida! ¡A los doce años, seis meses después de la primera comunión!..

Y responde la madre:

—Lée este papel. Se lo he encontrado debajo de la almohada.. Me parece que no puede ser más explícito:—«¡Querido Raulillo, te amo!... ¡Querido Raulillo, te aguardo!... Vén pronto...»—¡Luisa tiene ya sus citas! ¡La niña promete! ¡Esta chiquilla es un mónstruo!... La he interrogado, la he reñido... Ha llorado; pero ¡no ha querido decir una palabra!».



ANTES DE LAS VACACIONES

ADRIANA REMI, 19 años

JUANA SAINT-AUBRAY, 18 años

JUANA.—¿Te marchas pronto?

ADRIANA.—A fines de mes.

JUANA.—¿Vas á los *Llorones*?

ADRIANA.—Como todos los años. Ven á vernos.

JUANA.—No puedo; mis padres me llevan al mar insondable. El mar les vuelve locos.

ADRIANA.—Tanto peor. Los *Llorones* te gustarían bastante. ¿Sabes por qué se llama así la finca?

JUANA.—Me lo has dicho: por los sauces que bordean las zanjas...

ADRIANA.—Sí, son unos sauces pasmosos, sauces que sentarían admirable

mente en la decoración del acto de Ofelia.

JUANA.—Debe de ser encantador.

ADRIANA.—Mejor que eso. Es triste. El río es por lo menos tan viejo como el torreón. Pasa serpenteando alrededor del castillo, y luego se va al diablo. Y es verde, y profundo, con una fisonomía de pasado pérfido y lejano de que no puedes formarte una idea. En los tiempos del rey que rabió se habrá ahogado allí á la mar de gente, te lo aseguro: personitas con pantalón de malla y una pluma en el gorro, á quienes se lanzaba, zás, por la ventana de la torre mayor, á la hora en que canta la alondra.

JUANA.—Tendría un miedo terrible.

ADRIANA.—Yo no. Me entrego á mis ensueños. Me parece que soy yo quien dió la víspera la orden del crimen á un intendente con negros guantes bordados, un personaje que obedece y calla.

JUANA.—¿Te hubiera gustado vivir en esas épocas?

ADRIANA.—Con toda el alma. Mi alma nació para el xvi. Debí haber venido al mundo hacia el 1560. Estaba convenido, ordenado... Y luego... me olvidaron, perdí la oportunidad... no sé á punto fijo lo que habrá ocurrido... En una palabra, sólo se me ha puesto en circulación cuatrocientos años después... Tal fué mi estrella... ¿Te ríes? Pues mira, es tan

cierto lo que estoy diciendo, que hay en los *Llorones* retratos de ese tiempo... retratos de mujer...

JUANA.—¿Y qué?

ADRIANA.—Me parezco á ellos.

JUANA.—¿Tú?

ADRIANA.—Sí, mujer; yo misma. Me parezco especialmente á uno que está en el comedor: el retrato de una Princesa de Lorena, con su cabello enhiesto, su sonrisa mortuoria, su ancha frente, sus ojos de un azul claro que miran ladeándose, algo inquietos, como si se abriese súbitamente una puerta prohibida, y llevando en el cuello tres sartas de perlas... con reflejos plomizos... perlas dañadas... Jurarías que soy yo. Por eso lo ha comprado papá. Dice que al verlo se le eriza la piel.

JUANA.—Pues parece que debéis divertirlos muchísimo en los *Llorones*.

ADRIANA.—No nos aburrimos. Cuando menos, yo. En primer término, adoro la frescura de los bosques, los follajes mojados, los paisajes húmedos y sombríos... Tal es nuestra tierra... Y además, el encanto de los *Llorones* consiste principalmente, á mi ver, en que... olvidado allí á los hombres.

JUANA.—¿Qué hombres?

ADRIANA.—Los que vemos en *Lutecia*. Desgraciadamente, no los hay de otra clase.

JUANA.—¿No pasea ninguno por aquellos campos?

ADRIANA.—No. Dijérase que les está prohibido.

JUANA.—¿Pero y tus hermanos? ¿Y tus primos? Sois una familia muy numerosa.

ADRIANA.—Mis hermanos y mis primos son, sencillamente, parientes de otro sexo; pero no hombres. Cuando mayo da las últimas boqueadas, te lo prometo, estoy ya asqueada de los caballeros de acá, sobre todo de los jóvenes: les tengo una ojeriza mortal. Durante el día, lo mismo que á media noche, me repugnan. Sus trajes negros, sus corbatas, sus flores enormes y estúpidas en el ojal, sus pies satisfechos, sus manos que atienden á sus propios gestos, todo, incluso sus accesorios, me exaspera: botones, guantes, gemelos de carreras. ¡Y su conversación! ¡Sus ideas, sus nociones! ¡Hablemos de otra cosa, ea! Hablemos del Jardín Botánico.

JUANA.—¿De modo que no te gustan los hombres?

ADRIANA.—Los detesto. Y me estremezco al pensar que si un día me enamoro, el que yo ame se parecerá inexorablemente, aunque sea poco, á los que odio. No hay más que una marca de fábrica.

JUANA.—Pero en cuanto te ves en los

Llorones, te calmas, y cuando vuelves, en diciembre, después de tu larga estancia allá bajo, y sintiendo mucho frío... estoy segura de que te sientes indulgente para con nuestros futuros señores.

ADRIANA.—No lo creas. Mi veraneo no les aprovecha. He hecho provisión de desprecio. ¡Ah, si yerro al casarme, no faltarán lances divertidos!

JUANA.—¿Para tí?

ADRIANA.—No, para él. Si no se porta bien, seré terrible.

JUANA.—¿Le harás echar al foso?

ADRIANA.—Ya no es costumbre. Si lo fuera... Y á tí ¿te gustan los hombres?

JUANA.—Sí y no.

ADRIANA.—Explícate.

JUANA.—No los amo ni los detesto.

ADRIANA.—¡Eres una pequeña ecléctica! ¡Cobarde!

JUANA.—No los conozco.

ADRIANA.—¡Qué tontería! Los conoces tanto como yo.

JUANA.—Sin duda. ¡Como tú no los conoces tampoco!

ADRIANA.—Te digo que sí.

JUANA.—¡Quiá! Y voy á demostrártelo. Los muchachos no son los hombres, lo mismo que nosotras, las muchachas, no somos las mujeres. Son razas distintas. Los jóvenes son hombres no formados, á medio hacer.

ADRIANA.—¿Renacuajos?

JUANA.—Eso es. Y nosotras, las...

ADRIANA.—¡Ah! ¿Otro simil para nosotras, verdad?

JUANA.—Nosotras, las... ¿llamémonos crisálidas?

AERIANA.—Tampoco.

JUANA.—Sí... Esperando que seremos mariposas una vez mujeres y casadas. Pues dime ¿por qué empeñas en juzgar á los hombres fundándote en los jóvenes? Esos chiquillos de dieciséis á veinticinco, se convierten tal vez en treinta y cuarentas muy aceptables.

ADRIANA.—Temía que dijese: honrosos.

JUANA.—¿Por qué no? Concédeles un plazo para que se calmen y sienten un poco la cabeza. ¡No están terminados, te lo prometo!

ADRIANA.—¡Vaya si lo están! Veo á algunos que lo están enteramente. ¡Y el resultado obtenido es horrible!

JUANA.—Hablas de excepciones.

ADRIANA.—Que se extienden todos los días.

JUANA.—No estás en lo firme. Sondeémonos nosotras fríamente. ¿Somos mujeres, vamos á ver?

AERIANA.—¡Caramba!... Me lo parece

JUANA.—No hay tales carneros. No somos nada... Somos niñas de traje blanco, á quienes se besa en la frente, se permite esto, se prohíbe lo de más

allá... Juguetes animados; seres indecisos, extravagantes, caprichosos... con jaquecas, con nervios... Momentos hay en que no nos comprendemos ni por asomo. Confíesalo. Tenemos cerebros de pajarito; no reflexionamos más que un cochinito. Yo me hago el efecto de no pesar nada, de ser un poco de pelusa, menos que un vilano... uno de esos vilanos que un soplo levanta por los aires. ¿Existimos siquiera? No lo juraría.

ADRIANA.—Yo no me envanezco por ello, pero estoy segura.

JUANA.—Y apostaría cualquier cosa, ya ves, á que los muchachos cuando hablan de nosotras...

ADRIANA.—... ¿dicen exactamente las mismas atrocidades—si no peores—que nosotras les adjudicamos?

JUANA.—Sí; esto es. Pues es por eso que se equivocan, lo mismo que nosotras. Ni unos ni otros procedemos con cordura. No pueden juzgarnos y conocernos, ni nosotras apreciarlos. ¿Qué opinión quieres que nos merezcamos mutuamente unos á otros, á nuestra edad, y dadas las condiciones en que nos aproximamos? Solo llevamos al intercambio nuestros defectos mal disfrazados, exagerados todavía por lo pretenciosamente que quisimos ocultarlos, cuando no los ostentamos por orgullo. No nos allegamos más que para engañarnos y temernos.

Son presumidos, tontos, vanidosos; somos presumidas, tontas, vanidosas.

ADRIANA.—Mucho menos.

JUANA.—¡Por Dios, mujer! Somos tan insoportables como ellos ¡bien lo sabes! Acabaré por enojarme. ¿Dices que todo en ellos te exaspera? Pues ¿qué diremos de nosotras? ¿De nuestras carantoñas, nuestros mohines, nuestros abanicos, nuestros ligeros desdenes, nuestros dedos en el aire? Somos mortales de necesidad, ni más ni menos. Nuestras ridiculeces pueden rivalizar con las suyas. Mira; si por casualidad te hubiesen oído hace un instante, hablando de tus añoranzas del siglo xvi, de los tiempos en que se arrojaba á las gentes al agua... ¿crees que no hubieran tenido razón burlándose de tí en las carreras? Ya ves, á nosotras nos ocurre lo mismo que á los muchachos; somos causa de que se formen de nosotras una opinión pésima que todo parece justificar, y que á pesar de todo es radicalmente falsa. En el fondo eres una chiquilla deliciosa, no te importa un comino la princesa de Lorena y su mirada fatal, y no le harías daño á una mosca... Y estoy segura de que si podíamos ver claro en el fondo de todos esos títeres que nos aburren tanto, veríamos que en lo más recóndito son unos chicos nada espantosos, con un enorme corazoncillo, la mar de ingénuo

y alegre... Y eso es todo. Solo que nadie se conoce, ni muestra su verdadero sér. ¡Ah! si pudiésemos desnudarnos el alma con tanta facilidad como lo otro, estaríamos en el mejor de los mundos!

ADRIANA.—Tú dirás lo que quieras... Pero yo...

JUANA.—Calla, y medita todo esto en los *Llorones*, durante el verano: acabarás por reconocer que tengo razón. No hay que detestar á nadie, amorcillo.

ADRIANA.—¿Ni á los hombres?

JUANA.—Menos que á nadie. ¡Qué barbaridad! ¡Con que nos correspondieran, nos fastidiaban!



MALAS COMPAÑÍAS

BERTA CHAMPIER, 16 años
MAGDALENA SAULIEU, 17 años

I

En casa de los Champier. Son las dos de la tarde.
Berta y Magdalena están solas en un saloncillo.

BERTA.—No temo declararlo: á quien más quiero de toda mi familia es á mi hermano.

MAGDALENA.—¿Más que á tus padres?

BERTA.—Más. Ya sé que no es esa la regla. Tanto peor.

MAGDALENA.—¿Te mima?

BERTA.—¡Ya lo creo! ¡Y que no ha empezado ayer! Cuando era chiquilla, y él no era todavía persona mayor, fué mi esclavo perpétuo. Me peinaba, me tren-

zaba el pelo, llevaba mis paquetes, componía mis muñecas, y cuando jugábamos á riendas era siempre caballo.

MAGDALENA.—¿Te ha pegado alguna vez?

BERTA.—Nunca. Yo sí le he dado algún trompazo.

MAGDALENA.—¿Y él lo consiente?

BERTA.—Píde que se repita. Pero son trompazos en broma.

MAGDALENA.—Te envidio. Me hubiera gustado la mar tener un hermanito como el tuyo, porque á veces es una dulcísima lata eso de hallarse hija única.

BERTA.—Díselo á tus autores. Puede que eso dependa de ellos.

MAGDALENA.—De ellos y de la Providencia.

BERTA.—En primer término de ellos. La Providencia está en el foro.

MAGDALENA.—Sí. Pero figúrate que mamá hace quince días hablaba de eso con el señor Duplessis y decía: —Ya no espero otros hijos: mi edad es demasiado tardía.

BERTA.—¡Ah! ¿Eso soltaba tu madre? Pues hija ¡qué le vas á hacer! Despidete de tu sueño dorado.

MAGDALENA.—Volvamos á tu hermano.

BERTA.—Sí. ¿Querrás creer que á veces me pregunto si estoy enamorada de él?

MAGDALENA.—¡Oh!

BERTA.—Con buen fin.

MAGDALENA.—¡Oh! ¡Berta!

BERTA.—¡Mujer! No me entiendes. Al fin y al cabo ¿por qué no podría una casarse con su hermano? A un hermano se le conoce. ¡Y qué comodidades para el amor! Entre todos los muchachos que conozco, no veo marido que me pluguiese más que Gustavo.

MAGDALENA.—Sea. Pero las costumbres lo impiden.

BERTA.—Lo sé. Pero es ridículo y tengo empeño en proclamarlo.

MAGDALENA.—Vaya, que es imposible el antojo. Sin esto, yo, puesta en este terreno, me casaría con papá al instante.

BERTA.—¿Con tu papá?

MAGDALENA.—Sí, porque me parece maravillosamente distinguido, y diez veces más sabroso con sus lindos cabellos grises y su chaleco blanco, que esos golfillos...

BERTA.—Espero que no te referirás á Gustavo al hablar de golfillos.

MAGDALENA.—No: no me refiero á él.

BERTA.—Muy bien. Adelante. Pero oye: aunque se aceptase que las hijas se casaran con sus padres, no podrías casarte con el tuyo, porque ya tu madre te ha ganado por mano.

MAGDALENA.—Es cierto. Había olvidado á mamá.

BERTA.—En fin, dejemos esto. ¿Cómo se encuentra por ahora tu mamá?

MAGDALENA.—Firme como el obelisco.

BERTA.—¡Cuán distinta de la mía! La pobrecita mía, esta siempre enferma.

MAGDALENA.—¿No de gravedad?

BERTA.—No; pero su dolencia es tenaz. Se vé obligada á guardar cama, con jaquecas que le hienden la cabeza.

MAGDALENA.—¿Y á que tratamiento la sometéis?

BERTA.—Se la deja sola.

MAGDALENA.—¿Y eso la cura?

BERTA.—No, pero pasa el tiempo.

MAGDALENA.—Pues entonces ¿quién te saca á paseo? ¿Tu padre?

BERTA.—Demasiado ocupado.

MAGDALENA.—¿Gustavo?

BERTA.—Exacto. ¡Y si supieras lo que nos divertimos! Figúrate que enarbola cada cual sus ropitas más despampantes, como para una misa de casamiento, y luego nos marchamos solitos, como personas normales.

MAGDALENA.—¿A dónde váis?

BERTA.—Pues derechamente á donde nos da la gana. Claro que nos recomiendan que demos la preferencia á los jardines, á las Tullerías, á los Campos Elíseos, pero no se encaminan allí las suelas de los zapatos. ¡Los jardines! Eso para los bebés. Vamos por las calles, por los bulevares. ¡Oh, los bulevares!

MAGDALENA.—¿Te gustan?

BERTA.—Me arrebatan. ¡Figúrate tú, las tiendas! Nos detenemos en todas, especialmente en las joyerías. Es inaudito el número de collares, anillos y chucherías de diamantes que para mis adentros escojo. Y Gustavo me paga todo lo que me apetece.

MAGDALENA.—¿También para sus adentros?

BERTA.—¡Como ha de ser! Papá le tiende cincuenta francos al mes. Ya comprenderás que con una moneda de cincuenta francos no se da forma sensible á los ensueños de una muchacha.

MAGDALENA.—Lo sospechaba.

BERTA.—Vamos al hotel Drouot; á las salas de despachos de periódicos donde una se entera de las actualidades, y luego á los pasajes, donde hay tiendas con fotografías de actrices. ¿Crearás que se hacen retratar en camisa, amiguita?

MAGDALENA.—¡Ah!

BERTA.—¡Y que bonitas camisas! Nuestras madres no tienen ropa interior que se le parezca.

MAGDALENA.—¿Y qué más? ¡Qué más hacéis de paseo Gustavo y tú?

BERTA.—Pues mira ¿qué vamos á hacer? Papamos moscas. Reimos mucho. Me dá el brazo para atravesar la calle. Cuando vamos lejos, tomamos un coche descubierto; porque á veces nos

lanzamos hacia los barrios excéntricos, al lado del Temple ó de Montmartre. La semana pasada, en el bulevar de Bati-gnolles vimos de cerca á unos *souteneurs*¹.

MAGDALENA.—¿Qué es eso? ¿Hombres horribles?

BERTA.—No. Dos individuos que estaban charlando, en zapatillas, con corbatas color cereza y lindos bigotitos de ébano. Yo fuí quien reparó en ellos. Pregunté, por intuición, á Gustavo, si tales sujetos eran lo que se llama *souteneurs*.

MAGDALENA.—¿Qué te respondió?

BERTA.—Se echó á reir. Y luego me dijo:—Sí. Pero no hay que pronunciar jamás este nombre en la salita de confianza; se helaría el mismo termómetro.

MAGDALENA.—Pero, veamos, ¿qué gentes son esas?

BERTA.—Una corporación. Gentes que se sostienen unos á otros. La palabra lo dice.

MAGDALENA.—¡Ah, ya entiendo! lo que muchos llaman fracmasones.

BERTA.—Debes de estar en lo cierto.

MAGDALENA.—Claro, mujer. *Souteneurs* será lo mismo, pero en la jerga del pueblo. ¡Magnífico; veo que no os aburrís en vuestros paseos!

1) Rufianes.—Conservamos aquí la palabra francesa, para justificación de las siguientes frases.—N. del T.

BERTA.—Cuando sentimos fatigados entramos en un cafetucho y bebemos. Yo tomo siempre una menta aguada, verde; lo hago por el color. Gustavo no sale ni á tres tirones de su cerveza; bebería bocks y bocks sin detenerse durante horas enteras. Y luego pedimos los periódicos ilustrados, que penden de gruesos palos. Gustavo mira para sí la *Vida Parisièn* y si no está demasiado picante me la entrega.

MAGDALENA.—¡No contaréis luego en vuestra casa todo eso!

BERTA.—Sí, pero á ojo de cubero; prescindimos de los detalles. Bueno; debo dejarte para ir á vestirme, porque precisamente vamos á salir pronto Gustavo y yo.

MAGDALENA.—¿Tenéis algún proyecto especial?

BERTA.—Sí. El *Moulin de la Galette*. Parece que hay allí un baile despampante.

MAGDALENA.—¿Y si por casualidad os halla algún conocido en aquellos barrios?

BERTA.—Muy sencillo. Diríamos que subimos al Sagrado Corazón. Está á dos pasos. Adios, encanto.

MAGDALENA.—Hasta luego, querida. (*Besa á Berta y sale*).

II

Tres días más tarde, en el cuarto de la señora Champier. El señor Champier enseña á su esposa, que está en la cama, una carta que desdobra con suma gravedad.

LA SEÑORA CHAMPIER.—Vienes demudado.

EL SEÑOR CHAMPIER.—Oye, y juzga. He aquí lo que me escribe el señor Châtaignier, el que da repasos de derecho á Gustavo.

«Muy señor mío:

»Escúcheme: vengo á perturbar su sosiego, pero soy padre, y escribo á un padre. El jueves último, había acompañado á la señora Châtaignier al Sagrado Corazón que hace tiempo deseaba visitar, y bajaba profundamente conmovido por el espectáculo del imponente edificio, cuando distinguí á la entrada de un baile de mala reputación, tristemente célebre, al propio don Gustavo, que no estaba solo. Daba el brazo á una de esas innumerables chiquillas que pululan por aquellos barrios; no cabía la menor duda sobre su naturaleza. Aunque convenga tratar con indulgencia los extravíos de la mocedad, he creído no obstante que tenía el deber de

enterarle de lo ocurrido, singularmente teniendo en cuenta que don Gustavo ha sido ya suspendido dos veces en su examen preparatorio, cosa que jamás ocurre á los estudiantes que preparo.

»Le reitero, apreciable señor, la expresión de mi más infinito respeto.

»*Raul Châtaignier.*

Doctor en Derecho Romano y Derecho Canónico.»

LA SEÑORA CHAMPIER.—No entiendo una jota. ¿Quién podrá ser esa mujer?

EL SEÑOR CHAMPIER.—Pero, amor mío, es su hermana.

LA SEÑORA CHAMPIER.—¡Berta!

EL SEÑOR CHAMPIER.—¡Sin duda! Esto ocurrió el día que salieron juntos, diciendo que iban al Sagrado Corazón.

LA SEÑORA CHAMPIER.—¿Y Gustavo llevó á su hermana á...?

EL SEÑOR CHAMPIER.—¡Al *Moulin de la Galette!* ¡Ni más ni menos! Es su hermana, nuestra hija Berta, esa niña á quien Châtaignier ha tomado por una mozuela de arrabal.

LA SEÑORA CHAMPIER.—¡Estoy estupefacta... ¡Estoy...! Si ya no puede confiarse una hermana á su hermano...

EL SEÑOR CHAMPIER.—¡Bien lo ves, pobrecita mía, ya no se puede! Ha llegado el momento de separarlos porque ¿entiendes? se comprometen y se dañan

uno á otro... Gustavo—á los ojos de quien sólo le conozca á él—parece estar con una...

LA SEÑORA CHAMPIER.—¡Oh, cállate! Me contrarías.

EL SEÑOR CHAMPIER.—Y Berta—á los ojos de quien no conozca á Gustavo—parece que se distraiga con algo muy distinto de un hermano... ¡Ah, el estilo y los andares de la juventud, son linda cosa en los tiempos que corremos! A mí, en los días de antaño, se me hubiera podido encontrar con mi hermana: ¡se nos hubiera conocido á la legua el parentesco! ¡No cabía error!... Pero ahora... ¡es un encanto, Señor, un encanto!



LA LECTURA

JUANA DE MAUZE, 16 años

BLANCA BELLAY, 17 años

PEPITA D'EPERVAN, 18 años

LUCIANA CERIZE, 19 años

En casa de Josefina d'Epervan. En su cuarto, el día que recibe; porque ahora las muchachas tienen «su día».

JUANA *d Pepita* —¿Y qué lees en este siglo que agoniza?

PEPITA.—Lo que me dán, que no es para arrebatár.

JUANA.—¿Todavía Walter Scott?

PEPITA.—Todavía el excelente Scott.

BLANCA.—¿Versión Defauconpret?

PEPITA.—¡Ay, exacto!

LUCIANA.—Yo devoré todo eso en tiempos del rey que rabió, cuando era chiquitina, antes del destete. (*A Pepita*). ¿No te gusta?

PEPITA.—Preferiría algo de Maupassant: *Bola de sebo*. Parece que es superior.

LUCIANA.—Es muy curioso.

PEPITA.—¿Lo has leído?

LUCIANA.—No. Pero lo leyeron en voz alta delante de mí, en el campo, durante una merienda en el césped.

PEPITA.—¿Y qué tal?

LUCIANA.—Lo leía el señor Duroule. Leía comiendo, y además hablaba; de modo que perdí la mitad.

BLANCA.—¿Pero y la otra mitad? ¿Qué te parece?

LUCIANA.—No puede explicarse. Hay que formar juicio por sí misma. (*A Pepita*). De todos modos, te engañas despreciando al provector Scott. Más tarde lo releerás, y te darás cuenta de que es delicioso.

PEPITA.—¿Por qué?

LUCIANA.—Es un poeta. Un poeta histórico. Antes de haber leído *El Abad*, no me formaba una idea de María Estuardo. Pues ahora la conozco como si hubiéramos sido camaradas de clase.

BLANCA.—Yo he leído *Atala*, de Chateaubriand. ¿Os tragáis á Chateaubriand?

LUCIANA.—Bastante. Declama bien.

PEPITA.—Tiene un estilo muy particular. Suena como un reloj de ministerio.

JUANA.—Yo me contentaría con escribir así... Comprendo que mandaría cartas magníficas á mis papás, si cogía la pluma del mismo modo. Les hablaría de puestas de sol, de voces prolongadas... del silencio... en fin, de una porción de cosas largas... horizontales ¡oh, sí!... Chateaubriand es distinguidísimo.

PEPITA.—Pero es noblemente latoso. Es bello, si te empeñas; pero es bello y cargante como un oficio sonoro que no acabase nunca. Una hace ademanes de entusiasmo; parece que conserve intacto su primer fervor, abre la boca maravillada... y nada dice, porque está bostezando.

BLANCA.—Todo eso no es nada al lado de Lamartine... ¡Oh, las *Lecturas para todos!* ¡Eso es un encanto!

LUCIANA.—Pero las *Lecturas para todos* no es Lamartine...

BLANCA.—Dispensa. Precisamente lo estoy leyendo estos días.

LUCIANA.—No me has comprendido. Es de Lamartine, pero Lamartine no es eso; no dá la menor idea de él, porque es una serie de fragmentos y retazos para uso de los niños, las señoras que hacen cuestaciones y los seminarios.

JUANA.—¡Oh! ¿Lamartine será inconveniente, puesto que lo expurgan?

LUCIANA.—No. Pero es apasionado.

BLANCA.—Era cristiano.

LUCIANA.—Son los peores apasionados, chiquilla. Todo es diez veces más fuerte al pie de la cruz.

JUANA.—Yo quisiera leer *Graziella*. Mamá me dice que aguarde un poco todavía.

BLANCA.—En fin, sea como fuere, adoro á Lamartine. Vivimos en el bulevar Henri-Martin, á dos pasos de la plaza en que se halla su estatua. A menudo me instalo allí con mis *Lecturas para todos*. Entonces, cuando hallo algo delicioso, una frase que me hiera, me basta levantar los ojos para verle sentado, un poco triste, con su lebril entre las piernas. É inmediatamente sueño en versos... me siento arrebatada... me parece que voy en bicicleta por el azul... ¡muy arriba!

PEPITA.—Bueno. Pero á mí los versos—¡qué le vamos á hacer!—me producen el efecto de un organillo.

BLANCA.—¡Oh! ¿Con que no te gustan los organillos?

PEPITA.—¡Quiál! Me parecen horribles.

BLANCA.—¿Es posible? El organillo es el único instrumento que parezca acongojado y me haga llorar. ¡Ah, qué expresión la suya tan incomparable! Es desgarrador; tiene algo de tuberculoso. Es preciso no tener corazón para burlarse de él...

PEPITA.—Basta tener orejas.

BLANCA.—Cállate. ¿Y las novelas inglesas? ¿Qué os parece?

LUCIANA.—¿Las de cubiertas tomadas?... ¡Uf!...

PEPITA.—¡Dios mío!

BLANCA.—Yo no las detesto. Acabo de leer *Copperfield*.

PEPITA.—¡Ya, ya! ¡El eterno David! ¡Archiconocido! Dices eso porque tienes dieciséis años, y eres todavía un bebé. Además, mientras una no pasa de *Copperfield*, no hay nada que objetar. ¡Pero después, ah, Mylord!

LUCIANA.—Me horripila el sentimentalismo inglés, llorón y afectado, falso como un diente vacío y seco como una cuerda. No se desprenderán en su vida de sus chiquillos torturados, sus perrazos que lamen á todo el mundo, sus ancianas que beben y son excelentes como el *pudding*... Una se dá cuenta de que todo eso es artificioso, rebuscado. Y además, abusan de la nieve y de los paisajes de invierno. Es literatura de *Christmas*... y arte de calendario. ¡Y qué exclusivismo el suyo! Quisieran hacernos tragar que solo hay nieve en su tierra y que el Niño Jesús vino al mundo en Piccadilly para redimir á Inglaterra... Medrados estaríamos!

PEPITA.—Luciana tiene muchísima razón. Todo eso no es nada al lado de

Los Tres Mosqueteros. ¿Los habéis leído?

JUANA.—¡No faltaba más!

LUCIANA.—Yo, dos veces.

PEPITA.—¡Yo cinco! Cada vez que estuve enferma... Una infusión de D'Artagnan: eso me curaba.

BLANCA.—Yo he leído á Dumas padre, entero.

JUANA.—Yo he leído algunos tomos de Dumas. Pero mamá me ha rogado que aguardase un poco antes de leer *La Reina Margot*.

BLANCA.—¿Tu madre sigue rogándote que aguardes?

JUANA.—Sí; me lo dice á menudo.

PEPITA.—Acabarás por retrasar.

JUANA.—No. Adoptaré un régimen de raciones dobles, y os alcanzaré.

LUCIANA.—Conozco á esa mosquita muerta. Acabará por aventajarnos.

JUANA.—Es muy posible. Y no me detendré en el padre, yo; sino en el hijo.

BLANCA.—¿Qué hijo?

JUANA.—¡Dumas, mujer! ¡El que hizo *La Dama de las Camelias*! ¡Oh, lo que me gustaría leer eso! Adivino que me volvería loca por ello.

BLANCA.—Dicen que la compuso á los catorce años, nena, y en el colegio.

LUCIANA.—¡No! Exageras... fué más tarde.

JUANA.—¡Y además, sus dramas! He

aquí lo que me procuraré todos los días cuando ya no sea muchacha. Porque yo (ea, no vacilo en declararlo), no me casaré más que para ir al teatro todos los días.

PEPITA.—¿Pues qué harás de tu marido?

JUANA.—Le invitaré.

PEPITA.—¡Pero si conocerá de pe á pa las comedias de tu Dumas!

JUANA.—Que las vea de nuevo. Una forma como cualquier otra de la felicidad.

LUCIANA.—No; no adivináis ni una ni otra. Te acompañará cortesmente hasta el palco, y luego, pondrá los pies en polvorosa, en dirección á los bastidores.

JUANA.—¡Me descubres todo un panorama! Pero sosegaos; tendré muy sujeto al joven que se convierta en mi tirano.

PEPITA.—Me remito á tu parecer. Y Bourget, hechiceras ¿no os tienta el apetito?

BLANCA.—A mí, sí. He leído versos suyos, versos ondulantes, algo tristecicos, un si es no es tristecicos, perfectos para mi gusto. Me doy cuenta de que me gustaría ir con un hombre así á los museos.

JUANA.—¿Conocéis á uno que se llama Jules Lemaitre?

PEPITA.—¡Ya lo creo! Acaban de encu-

pularle esta semana, al cabo del gran puente. Es un pícaro á quien saboreo. He leído sus *Billetes de la mañana*. Es retozón y felino, con malicias que rematan en ternura; miel á la vinagreta. ¡Cáscaras! vaya si me gustaría que mi primo Gustavo me escribiese niñerías así para mi cotidiano despertar. ¡En guapos *albums* los ostentaría para hacer rabiar á las amigas!

JUANA.—De todos modos, no podemos quejarnos demasiado con respecto á las lecturas. Hoy se es mucho más tolerante que hace treinta años. Mamá me contaba que á nuestra edad, abuelita solo le permitía Zenaída Fleuriot y Raul de Navery.

PEPITA.—No atacéis á Raul de Navery, el autor del *Capitán de las manos coloradas*, el primer opúsculo que leí. Me conmovió de tal modo, que enfermé.

LUCIANA.—Mi primer libro fué *Los Segadores de la Muerte*, del abate de Lamothe.

JUANA.—Bueno, y los libros inconvenientes ¿cuándo los vamos á devorar?

BLANCA.—Cuando seamos mujeres honradas. Antes, imposible.

JUANA.—¡Oh! ¡Las *Noches*, de Musset! Y luego, *El señor de Camors*, *El señor, la señora y el niño*, *Manon Lescaut*, *Dafnis y Cloe*, *La Doncella*, de Vol-

taire, *Pablo y Virginia!* ¡Esa es la meta de mis aspiraciones!

BLANCA.—Pero *Pablo y Virginia*, nada tiene escabroso; es pomada legítima.

PEPITA.—¡Claro! ¡Y todos la hemos leído! Y mucho antes de nuestra primera comunión.

JUANA.—Yo no. Mamá me rogó que aguardase un poco todavía. Parece que á causa de un capítulo...

PEPITA.—El capítulo del baño.

JUANA.—Sí. Creo recordar...

BLANCA.—«...No obstante, hacía algún tiempo que Virginia se sentía agitada por un mal desconocido. Sus bellos ojos se veteaban de negro...» etc. Lo supe de memoria, enterito.

JUANA.—¡Oh, conclúyelo! ¡Por favor!

BLANCA.—Sería demasiado largo. Y luego, que es mucho menos arriesgado de lo que te imaginas. A propósito: una noticia: ¿Sabéis que se ocupan de nosotras? Acaba de fundarse una revista para las chicas.

PEPITA.—¡Oh! Cierra el pico. Le he dado una ojeada. ¡Irreprochable, hijitas! ¡El colmo del hastío! ¡Un ramillete de flores medicinales! Y luego ¡creer que las chicas se suscribirán á una revista que se titula *El eco de las señoritas!* ¡Qué estupidez! Debieran hacer exactamente lo mismo, pero bajo otro título:

llamarle *El eco de las señoras*, y nos hubiéramos abalanzado á la mercancía. Menguada psicología tienen los organizadores de eso.—Y ahora, corazoncitos, abandonemos estas alturas; es hora de merendar.



EL BAILE MARINO

CATALINA TOURNEUVE, 17 años

SUSANA SAINT-APRIT, 16 años

LUISA DE FRUGES, 18 años

A la orilla del mar, por la mañana, á cosa de las diez y media. En Cabourg, Houlgate, ó algo por el estilo. Las tres niñas sentadas en el suelo, en la playa, y mirando á los bañistas.

LUISA, á Catalina.—¿No te desnudas aún?

CATALINA.—Dejaré pasar una horita.

SUSANA.—Yo también. Dicen que el agua está deliciosa, caliente como sopa.

CATALINA.—Bueno será que nos tenga hoy esta atención; ayer estuvo profundamente desagradable, ¡cáspita! (*A Luisa*) ¿Y tú, no lo pruebas?

LUISA.—Mi médico me lo ha prohibido.

CATALINA.—Será un novato, tu médico. El mar no perjudica á nadie.

LUISA.—Díselo á las viudas de los pescadores.

CATALINA.—Eso es harina de otro costal. Si los pobres pescadores hallan la muerte en la charca, debes reconocer que la buscan con ahinco.

LUISA.—No soy de tu opinión. Pero, aunque así fuese, no me gustaría.

SUSANA.—¿No te gustaría bañarte? ¿Por qué?

LUISA.—Me contraría en todo.

CATALINA.—¡Ah, sí! Eres una de nuestras últimas puritanas. ¡La Liga contra la licencia de las playas!

LUISA.—No. Sólo que yo tengo mis ideas, como vosotras tenéis las vuestras.

SUSANA.—Quieres hacernos el coco con tus ideas.

LUISA.—Siempre vale más hacer el coco que la *cocotte*.

CATALINA.—Por ser tuya, no me parece muy ingeniosa la ocurrencia. (*A Susana*). Dejémosla. No cambiaremos su carácter. ¿A quién concediste tu baño de esta mañana?

SUSANA.—Ya no recuerdo... Voy á decírtelo. (*Saca de su bolsillo un cuaderno de piel de Rusia, y lo hojea*). Veamos... ¿Martes?... Barón de Cambo.

CATALINA.—Yo lo tendré mañana. Hoy tengo á Pablo Chasselat. ¿Es la primera vez que tienes á Cambo?

SUSANA.—Sí.

CATALINA.—Te satisfará. Su corte es tremendo. Y luego, si á una le sobreviene un calambre, una brizna en el jarrete, no siente la menor zozobra, el barón tiene un puño de acero.

SUSANA.—¿Agarra?

CATALINA.—¡De firme! La semana pasada me sostuvo de cara al cielo por la cintura durante dos minutos. ¡Ah, te prometo que se sentía orgulloso, y sin la menor veleidad de soltar á su parejal!

LUISA.—¡Honesto espectáculo!

CATALINA.—Ahí está la terrestre con sus remilgos.

SUSANA, á Luisa.—¿Qué tiene de particular? ¿No nos aplastan esos señores contra su corazón en los salones, arrojando su brazo como un boa alrededor de nuestro talle? ¿Por qué será menos decente en el agua?

LUISA.—Estáis desnudas, en el agua.

CATALINA.—En el baile también.

LUISA.—Menos.

SUSANA.—¿Qué estás diciendo? En el baile no estamos descubiertas de todas partes, pero desnudas lo estamos mucho más. (*A Catalina*). ¿Has comprometido muchos baños?

CATALINA.—Dicisiete.

SUSANA.—Yo estoy alquilada hasta el fin de la estación. No me queda un día libre.

CATALINA.—Porque nada mejor que